BIBLIOTECA NACIONAL

Juan Rivano

La América ahistórica y sin mundo del humanista Ernesto Grassi

EDICIONES DE LA REVISTA

MAPOCHO

Organo de la Extensión Cultural

Tomo II, N° 1, 1964

Juan Rivano: La América ahistórica y sin mundo del humanista Ernesto Grassi

> ... tendrá del Este al Oeste de angostura cien millas, por lo más ancho tomado ...
>
> *(Don Alonso de Ercilla, calculando el ancho de Chile a ojo de buen cubero).*

BAJO la dirección del profesor Enrico Castelli, de la Universidad de Roma, se publica el *Archivio di Filosofia*. En 1959, con el sólido respaldo de este sello, apareció *La Diaristica Filosofica*. Tanto se publica en nuestro tiempo y de tal manera nos hundimos, a nuestro pesar, en la trampa de la especialización que resulta fácil disculparse en público de enormes lagunas de ignorancia o información deficiente. Con todo, el desconocimiento de un número de cartas que sobre Chile y Latinoamérica escribió el profesor Ernesto Grassi —cartas dirigidas a Castelli y publicadas en aquella *Diaristica Filosofica*— no puede justificarse en el caso de los estudiosos que sienten amor por nuestro mundo, en el caso de quienes piensan que, en cualquiera medida que ello sea, soportamos sobre los hombros la tarea de sostener un mundo y custodiar con humilde pero verdadero celo su historia y su desarrollo. En cuanto a mí, había también el imperdonable desconocimiento de las cartas de Grassi y sólo a mediados del año pasado el profesor Humberto Giannini, de nuestra Universidad, tuvo la gentileza de hablarme de ellas y poner en mis manos la referida publicación italiana*.

Fue seguramente la desagradable impresión sentida al leer estas cartas lo que me empujó a olvidarlas diciéndome a mí mismo que no valía la pena responder. Pero yo sé que si lo hubiera hecho en aquel entonces el desarreglo de mi ánimo echara a perder mi respuesta. Supongo, pues, que el dios de la mesura me frenó la mano y que a no mediar el tiempo y la reiterada lectura de dichas cartas, tuviera al presente un motivo más para lamentarme. Espero, ahora, cuando me decido a esta respuesta, mantener, si no el equilibrio, cierta porción de humor y poner en la perspectiva adecuada las "meditaciones sudamericanas" del profesor Grassi. En lo que diga, trataré de eludir una crítica filosófica de estas meditaciones. Sobre todo por no estar interesado tanto en polemizar con Grassi como en comunicar a los lectores siquiera una parte de mi experiencia. Pero antes de pasar adelante me siento obligado a un párrafo de pequeña historia.

*
* *

El profesor Grassi fue contratado por la Universidad de Chile para que tomara a su cargo el Seminario de Metafísica. Se puso en sus manos la autoridad necesaria para organizar esta tarea académica como juzgara más conveniente, y se puede decir que en lo principal aplicó su propia medida a todo lo que hizo. Determinar precisamente el período durante el cual fue Grassi profesor en nuestra Universidad no resulta fácil para mí; porque hubo todo un largo y odioso incidente hacia los últimos

*Debo también a este colega y amigo la presentación castellana de los trozos tomados de las cartas de Grassi y citados más adelante.

meses de su servicio. De todos modos, los años 52 y 53 fueron los más importantes de su desempeño. Fui su alumno en dos cursos durante estos años y si entonces (no ahora) alguien hubiera pedido mi opinión, lo pintara como un profesor excelente. Todo un grupo de jóvenes dotados se constituyó en aquella época en torno a este hombre y puede decirse que aún en nuestro tiempo persiste algo de su influencia. Animó a los estudiantes de filosofía para que profundizaran los estudios de filología clásica, suscitó el deseo de conocer el alemán y, sobre todo, insistió en los métodos de lectura de textos filosóficos y la aproximación a los grandes pensadores. Mucho le importaba, asimismo, difundir las doctrinas del humanismo italiano; pero en esto tuvo menos fortuna. Como se ve, no es poco lo que Grassi realizó para nosotros. Cierto que entre los jóvenes que tocó con su varita hubo muchos que no resistieron el fuego del encantamiento; pero también es verdadero que actualmente hay en nuestra Universidad brillantes profesores jóvenes que deben estarle reconocidos.

*
* *

Ahora bien, mientras Grassi permanecía entre nosotros y nos hablaba de Platón y Aristóteles, escribía sus cartas sobre Latinoamérica a Castelli. Tuvo el no despreciable lapso de tres años o más para observar y meditar. Y el resultado —lo más significativo de ese resultado, al parecer— está contenido en las catorce cartas que el año 59 se publicaron en la *Diaristica Filosofica*. He sabido que pidió a Castelli estas cartas para revisarlas antes de su publicación; es decir, que poco o nada queda por decir sobre la consciente y responsable decisión de publicarlas.

Resulta imposible poner aquí el texto completo de estas cartas. No se trata solamente de la consabida cuestión de los derechos de transcripción; hay, además, una exigencia de espacio que no puedo permitirme. De todas maneras, para que el lector verifique, citaré en extenso donde sea necesario. Pero, ante todo, haré algunas consideraciones generales.

Las cartas de Grassi lo son de un filósofo de inclinaciones humanistas. Tenemos, por tanto, derecho a esperar de ellas toda una serie de impresiones profundas e inteligentes sobre las comunidades humanas que forman los pueblos latinoamericanos. No hay tal. Grassi se muestra en sus cartas como persona hipnotizada por la naturaleza americana. Sólo su experiencia de la naturaleza representa en ellas algún valor, valor por otra parte más poético que filosófico. Cuando pone en contraste con esta naturaleza algo de índole humana no es la comunidad que nosotros formamos sino su baúl de viajero europeo lo que se presta al contraste; es de este baúl que saca todo un montón de infolios sobre la "historia" y sobre el "mundo". Porque para él no hay más historia que la venida a encapsularse en las desventuras de dos o tres países europeos; sólo de esta historia sabe hablar. Para Grassi no hay ninguna historia fuera de las "angustias" italianas y las "angustias" alemanas de las últimas décadas. No puede, o no quiere, percibir los nuevos focos de la historia; no quiere salir de los términos que han inventado para encerrar la "historia" sus ancestros italianos y alemanes. Es un poco el cuento del avestruz. Si oyera Grassi a la señora Historia hablando yanqui, ruso o chino, se taparía los oídos y nada querría saber de ruidos bárbaros. Porque nuestro filósofo humanista se encuentra anclado en las formas librescas del pasado, formas que en parte alguna viven, como no sea en la cabeza de unos cuantos soñadores que jamás harán nada por el mundo, a tal punto están en retardo, y hundidos en la nostalgia de las "fuentes" y el "origen".

De manera que Grassi llegó a América lleno de preocupaciones sobre la "historia" y el "mundo". Y como nada encontró por estas latitudes que pudiera compaginarse con sus ideas (ideas que, de tanto conversar entre sí los intelectuales de su

raza, deben haber tomado trazas de realidad), entonces, concluyó que en nuestros lugares no había ni mundo ni historia, que sólo había naturaleza. De manera que sus cartas adquirieron un signo terrible y se publicaron bajo el título "Ausencia de Mundo". Lo que quiere decir (y mi lector querrá tomar el peso a todo esto) que nosotros en Latinoamérica carecemos de mundo; estamos desparramados en la naturaleza; andamos de codazos con los animales; no sabemos, al acostarnos, si habrá un puma en la cama, ni, al levantarnos, si un burro se habrá zampado nuestro desayuno. Esto dice Grassi en el cincuenta por ciento de las líneas de sus cartas a Castelli. Y después, va y retoca sus creaturas literarias; y las publica sin tacha ni censura en una revista europea, para que los curiosos de impresiones cultas sobre mundos exóticos sepan de una vez esta verdad fabulosa: Que nosotros no tenemos mundo, ni historia, ni nada; que sólo tenemos naturaleza: una cordillera gigantesca y un mar ululante y primigenio que llenaría de espanto al mismo Tales.

Es interesante insistir en este aspecto de cómo llegó Grassi a Latinoamérica: Llegó preocupado de superar el colapso de la "historia" y el "mundo" que llenaban su cabeza. Llegó con preocupaciones de "continuidad". Europa comenzó a reventar por todas partes y a declarar a gritos a quienes insistían en la "historia" y el "mundo" como fenómenos privados —fenómenos muy europeos y muy "desde Grecia adelante"— que el hueco de sus cabezas estaba repleto de ficciones mentirosas. Europa comenzó a sufrir, en el grado de descalabro, el apocalipsis que la historia (esta vez la historia verdadera, que se había desplazado a regiones donde las personas como Grassi no querían volver la mirada) no podía menos que prepararle. Esto era lo que ocurría. Y los soñadores, que habían estado contemplando con lentes rosados y desde la biblioteca, no quisieron conocer que la historia estaba trabajando de firme y andaba nada menos que de parto en parto, saltando los continentes. No quisieron conocer, mirándola en la cara, la diosa cuyo nombre pronunciaban sin cesar; y no lo quisieron porque esta vez les tocaba a ellos —a los pueblos en que ellos vivían— meterse en la fragua de la historia y reventar con todas sus pequeñas verdades, es decir, sus grandes falsedades. De manera que prefirieron dar un gran sentido a esta "pequeña cosa" que la historia estaba haciendo con ellos y decidieron (explicable megalomanía) que era la historia la que sufría un colapso. Con tal operación, surgía amplio terreno para especular y fantasear; por ejemplo, para dar forma y sustancia a un deseo de "continuidad"; surgía la posibilidad de un continente donde estuvieran las condiciones de un nuevo domicilio para las ideas que estos intelectuales no podían conservar impunemente dentro de su cabeza. En tales condiciones —si puedo guiarme por lo que veo en sus cartas— llegó Grassi a Latinoamérica. No hay necesidad de decir que, como en el caso de la explosión europea, así también Latinoamérica repelió con violencia tales ocurrencias sobre la "historia" y el "mundo". De manera que, simplemente, concluyó Grassi que en nuestro continente no había ni mundo ni historia, que solamente había naturaleza.

Podemos andar una ruta diferente por donde llegamos al mismo punto. ¿Qué debemos esperar de un filósofo humanista que desembarca en continente desconocido y proyecta allí su búsqueda de continuidad histórica? Si no se trata de una continuidad puramente literaria, no tendremos dificultad en indicar lo que esperamos. Esperamos toda una serie de enfoques descriptivos que abarcan los planos fundamentales de la vida en comunidad; esperamos toda una serie de fórmulas sobre la articulación de la economía; sobre la vida política; sobre las formas de relación privada; sobre la educación, el arte, la literatura; sobre la tradición, las instituciones, las leyes y costumbres; sobre la moralidad, la religiosidad, la filosofía. Esperamos, también, un enfoque sintético inteligente; una consideración de las posibilidades futuras; y, finalmente, un juicio. Ciertamente, sería exagerado exigir to-

do esto de unas cuantas cartas personales; pero, dado que dichas cartas han sido publicadas y que contienen afirmaciones enormes sobre Latinoamérica, nada impide exigir un mínimo de fundamento razonable para lo que en ellas se dice. ¿Se cumple esta exigencia en las cartas de Grassi? Pienso que la respuesta es: No, en absoluto. Trataré de ilustrar más adelante sobre la escasa o nula significación de las anécdotas que pone Grassi en sus cartas para dar vuelo desmedido a sus especulaciones. Este aspecto de sus cartas, especialmente cuando se compara con sus frecuentísimos accesos poéticos al extenderse sobre la naturaleza americana, muestra a las claras que Grassi aplica rígidamente las ideas que trae en su cabeza sobre el "mundo" y la "historia", sin considerar para nada lo que cae fuera de tales ideas. A propósito de esto, no me caben dudas sobre los sentimientos del lector latinoamericano de estas cartas; quien las lea experimentará en cada una de sus líneas la desagradable impresión de sentirse despreciado o (caso el mejor) sencillamente ignorado. Grassi se deja hipnotizar por la naturaleza con toda voluntad; solamente así puede asegurarse sobre sus postulados literarios y mirar de soslayo y fantasiosamente el lado para él penumbroso de la historia. Se deja hipnotizar por la naturaleza y al mismo tiempo derrama un desdén imperdonable por todo lo humano que lo entorna, por todo este mundo al que vino gracias a nuestros deseos de rigor, a nuestro afán de poner en buenas manos los estudios de metafísica consagrados por una Universidad latinoamericana de cuya existencia Grassi aparenta no tener conocimiento.

¿Y qué hay de toda esta visión un tanto alucinada de la naturaleza americana? Al proponerme resumir sobre esto, me pregunto si creerá el lector que hablo la verdad. Porque Grassi transforma en sus cartas nuestra naturaleza en presencia múltiple y anonadante de lo numinoso. Los mortales sin mundo y sin historia que hemos tenido no sé si la suerte o la desgracia de caer por estos lados, flotamos en lo primigenio: en el aire primigenio, en la luz primigenia, en los terremotos primigenios, en las aguas primigenias. Sin posibilidades de poner en la naturaleza devoradora las señales de nuestra existencia nos estamos, perplejos, hundidos en la inmediatez, inmovilizados en el presente eterno, suspendidos de los columpios del aire. Allá, en el fondo, está una cordillera gigantesca, enemiga de todo proyecto humano; acá, en la orilla, brama el mar tenebroso y amenazante; y entre estos gigantes telúricos, estamos los chilenos, ahitos de lo numinoso y lo primigenio, amenazados de ser devorados por la vegetación exuberante, sacudidos por los terremotos, corridos por los pumas; el cielo ennegrece plagado de águilas, el sol quema, la nieve congela; desesperados, entre cerdos, burros y caballos, entramos en el ritmo atávico, sin pasado, sin futuro, sin mundo, sin historia y, sobre todo, sin posibilidad ninguna de proyecto. Así versifica nuestro hombre sobre la naturaleza y el hombre americanos.

Ciertamente, resulta interesante y significativa esta exaltación de nuestra naturaleza primigenia hecha por un filósofo europeo. Después de todo, con la existencia de esta naturaleza se da la posibilidad de un encuentro más profundo entre historia y naturaleza, un encuentro más inteligente y vivo que el alcanzado hasta ahora por el hombre. Sólo que Grassi exagera y, por una parte, produce en sus lectores europeos una idea demasiado literaria de nuestra naturaleza; en tanto que, por otra, nos pone de saltimbanquis que hacen cabriolas absurdas en el infinito*.

*A manera de primicia, pongamos aquí el pasaje del saltimbanqui. Su lectura basta para sugerir al lector la atmósfera sofisticada de estas cartas:

"Allora, come in un attacco di febbre, tutto si sconnette; si diventa coscienti di che cosa significhi essere "senza mondo" e si realizza che il mondo è una costruzione non solo perso-

No es difícil representarse las sensaciones y pensamientos del europeo que lea los versos de Grassi sobre nuestra naturaleza. No es difícil imaginar los arrechuchos de nostalgia y curiosidad que han de experimentar estos lectores. Todos querrán darse una vuelta por estos lados para cazar un par de pumas y comprar una media docena de momias araucanas; todos querrán hacer la experiencia de Empedócles en algún volcán de la Plaza de Armas de Santiago o meterse en una caverna platónica de las muchas que habrá necesariamente en Tagua-Tagua o entrar desnudos en busca de alguna Tetis india en el Océano Pacífico. Y, también, todos se preguntarán sobre la vida primigenia que llevamos los chilenos, sobre la índole de estos hombres sin pasado ni futuro, sobre las angustias de la inmediatez en que vivimos, sobre las cosquillas freudianas de una vida que no reconoce otra ley que el ánimo. Se preguntarán sobre la altura de las empalizadas en torno de las casas, sobre la peligrosidad de los pumas rondando en el invierno, sobre Santiago en los tiempos de lluvia: la Venecia de Latinoamérica. Y llenos de las exuberancias de Hölderlin-Grassi, petrificados por los espantos ante el ulular telúrico latinoamericano se preguntarán también: ¿Cómo pudo este filósofo-explorador mantenerse firme sobre sus botas durante tantos años resistiendo las amenazas de la naturaleza? ¿Cómo pudo soportar tanto tiempo colgado de las antípodas, flotando en el éter, traspasado por los rayos inmisericordes de Apolo, agitado por Vulcano y por Neptuno? ¿Y a qué propósito este viaje? ¿Tiene acaso sentido enseñar metafísica en medio de las tribus? ¿Tendrán los hijos de los caciques, los príncipes de aquella tierra, la suficiente capacidad de abstracción para manipular siquiera las tablas de multiplicar?

Se dirá que exagero. Felizmente, me aproximo al punto en que he de citar. Espero que la extensión y número de las citas que haga convenzan a mi lector de que los poemas de Grassi sobre la naturaleza americana son hechos a la medida de la más fantástica y estúpida representación que pueda imaginarse acerca de los pueblos latinoamericanos. Si a esto se agrega la escasa o nula capacidad de este filósofo humanista para percibir, allí donde hay hombres, las formas de vida de éstos, sus realizaciones, sus aspiraciones, sus dificultades, sus sufrimientos, en una palabra, su mundo y su historia específicos, se concluirá que el resultado de tanta meditación sutil es hundirnos sin esperanza en el más grotesco y mugriento de los pantanos. Sobre esta incapacidad casi total que encuentro en el profesor Grassi espero ilustrar ampliamente tomando de sus propios escritos.

*
* *

nale, bensì di generazioni, di una storia, di visioni retrospettive e di intuizioni prospettiche, cresciute in noi lentamente, quasi vegetativamente. Si intuisce l'essenza del saltimbanco, ma di un saltimbanco che non ha sotto di sé la piazza del paese, gremita di curiosi —di uomini— ma un saltimbanco che attraversa un'oceano, in bilico su un filo che a poco a poco si abbassa; già scorge la spuma, già individua le onde, i riflessi lucenti, la calma lunga e la rottura spumeggiante, i primi riflessi azzurri, verdi. Poi la corda cede, a precipita nelle profundità sottomarine dove avanzano le ombre. Non si distingue più il fantastico dal reale, si scambia la realtà con la fantasia e viceversa, e tutto si fa fosforescente, spaventoso".

Es cierto que para un saltimbanqui como el aquí descrito hay que estar en situación parecida a la de Grassi, es decir, "tener conciencia" de esta ausencia de mundo. Nosotros, nacidos en tales condiciones, no reparamos en que nos falta un mundo y nuestras peripecias en el trapecio de la naturaleza nos parecen cosa natural. Somos, pues, esta especie absurda de saltimbanqui y, además, no tenemos conciencia de ello.

Vamos, pues, a medir al hombre con su misma medida. Porque mucho insistía Grassi en someterse al texto y eso haremos nosotros, tratándolo sin salirnos del texto de sus cartas:

Santiago è brutta, ma le Ande che si ergono a 18 chilometri di distanza e che raggiungono i 7500 metri, sono uno spettacolo grandioso.*

Es la primera frase sobre Chile. Estoy seguro de que Grassi no midió ninguna altura de nuestra Cordillera. Yo tampoco lo he hecho; pero, o no me enseñaron Geografía o la mayor altura de nuestra Cordillera no alcanza los 7.000 metros. Partimos, pues, con medio kilómetro de exageración.

Ahora, un largo pasaje donde el lector tendrá ocasión de un primer contacto con la atmósfera poética y fantástica que crea nuestro filósofo al hablar de nuestro mundo:

...Sono stati tre mesi durissimi, di fatto e psicologicamente: tu non hai una idea che cosa significhi questo mondo astorico, è una realta che chi non l'ha sperimentata non può immaginarsela. Sono qui, in questa piccola casa ai limiti della città come in una specie di arca nella quale conservo tutti i campioni dei sentimenti, dei pensieri di un europeo. L'arca naviga in un mare di luce abbagliante che trascina come un torrente che abbia rotto gli argini: si sta con le imposte chiuse quasi per difendersi dall'assalto di nemici invisibili.

*Fuori tutto minaccia di disciogliere quello che abbiamo in noi; la realtà della natura e di una violenza che non si può immaginare: le montagne, le distanze, le solitudini. E quando di tanto in tanto, di notte, un terremoto scuote la casa, quando il rombo lontano e profondo sembra un monito, quando anche i cani si mettono a ululare in una esperienza atavica del pericolo, quando i galli si mettono a cantare nella notte mentre dal cielo pende una luna come un faro spettrale, solo allora si può comprendere quello che in Europa da secoli si è dimenticato: che cosa significa nella realtà della natura progettare spazi e tempi umani, che cosa significa affermarsi nella parola, nel ritmo musicale. Sotto quali segni si sviluppa qui la vita di chi ha conosciuto un'esperienza filosofica? L'originario, il primitivo, il demoniaco, che in Europa si palesano solo nei pericoli della tecnica razionale che disossa gli uomini in un razionalismo proprio delle epoche di decadenza, qui si ripresenta nelle minacce della natura, nell'esperienza della luce, dell'ombra, della temperatura, del gelo, del colore**.*

*Santiago es fea, pero los Andes que se levantan a 18 kilómetros de distancia alcanzando 7.500 metros son un espectáculo grandioso.

**Han sido 3 meses durísimos, en los hechos y psicológicamente: tú no tienes una idea de lo que significa este mundo ahistórico; es una realidad que no puede imaginar quien no la ha experimentado. Aquí estoy en esta pequeña casa en los confines de la ciudad como en una especie de arca en que conservo el muestrario de los sentimientos, de los pensamientos de un europeo. El arca navega en un mar de luz enceguecedora que arrasa como un otrrente que ha roto las compuertas: se está con los postigos cerrados como para defenderse del asalto de los enemigos invisibles.

Afuera todo amenaza disolver lo que tenemos en nosotros; la realidad de la naturaleza es de una violencia que no se puede imaginar: las montañas, las distancias, las soledades. Y cuando de tanto en tanto, de noche, un temblor sacude la casa, cuando el zumbido lejano y profundo parece una advertencia, cuando aun los perros se ponen a ladrar con la experiencia atávica del peligro, cuando los gallos se ponen a cantar en la noche mientras del cielo pende una luna como un faro espectral, sólo entonces se puede comprender lo que en Europa desde hace siglos se ha olvidado: qué cosa significa en la naturaleza proyectar espacios y tiempos humanos, qué cosa significa afirmarse en la palabra, en el ritmo musical.

Unas líneas más adelante, Grassi se pregunta si son estas afirmaciones suyas mero lirismo. Y responde no, en vez de sí. Dejemos el tema de *questo mondo astorico,* que no hay posibilidad alguna de arrancarle sentido al oráculo. Dejemos también que flote la casita del profesor Grassi en los límites de la ciudad sobre su mar de luz. Dejemos que canten los gallos, que ladren los perros, que tiemble la tierra. ¡Pero, por favor, que no nos venga con lo demoníaco en su formas de temperatura, de hielo y de calor! ¡Seamos razonables! Yo en mi vida he pasado más frío que en París; incluso en Florencia daba diente con diente en la noche, sin estufa por cierto y también en los límites de la ciudad. En cuanto a la luna, ¡santo Dios! por todo lo que sé es la misma que he visto colgada del cielo veneciano y también allí parecía un *faro spettrale.*

La cita anterior sirve de primera aproximación al modo literario como es introducida en estas "cartas sudamericanas" la naturaleza. En la que sigue, el lirismo sube de punto y aparece, además, este aspecto belicoso de la naturaleza que nos impide construir un mundo:

...così la sera, quando i cavalli tornano dai campi per i lunghi viali di pioppi e sollevano una polvere quasi d'oro, così le scene di laghi perduti nel mondo, le scene di queste Ande, tetre perchè non tollerano l'uomo, non tollerano progetti umani, non tollerano la storia. Solo gli animali sembrano vivere a loro agio, ma con la crudeltà della lotta per l'esistenza. In mezzo alla neve scorgi una volpe morta, e contro il cielo di una profondità cristallina inimmaginabile vedi l'aquila che già disegna i suoi giri in un mondo senza ombra. Incontri sulla neve le orme del puma che è pericoloso solo d'inverno e che ha le sue vie, i suoi passaggi, i suoi ritorni regolari, mosso da intenti e mondi che noi non conosciamo. Tutto questo atterrisce, perchè in realtà ci si accorge che tutto è immobile, che in questa natura non è possibile lasciare un segno, e si realizza improvvisamente tutto quello che la cultura aveva fatto dimenticare: la presenza misteriosa, taciturna di una realtà senza storia. Allora, di un tratto, commuove la preziosità di una melodia che progetta un àmbito sonoro nel quale va nascendo e crescendo it tuo mondo. Nello stesso tempo però quella melodia che riaffiora appare come fragilissima cosa: il vento, la neve, il sole la possono infrangere.*

¿Bajo qué signos se desarrolla aquí la vida de quien ha conocido una experiencia filosófica? Lo originario, lo primitivo, lo demoníaco, que en Europa sólo se hacen evidentes a través de los peligros de la técnica racional que desustancializa a los hombres en un racionalismo propio de las épocas de decadencia, aquí se representa en las amenazas de la naturaleza, en la experiencia de la luz, de la sombra, de la temperatura, del hielo, del calor.

*...así, la tarde, cuando los caballos vuelven de los campos por las largas alamedas elevando una polvareda casi de oro, así las escenas de lagos perdidos en el mundo, las escenas de estos Andes, tétricos puesto que no toleran al hombre, no toleran proyectos humanos, no toleran la historia. Sólo los animales parecen vivir a sus anchas, pero con la crueldad de la lucha por la existencia. En medio de la nieve descubres una zorra muerta y contra el cielo de una profundidad cristalina inimaginable ves el águila que ya dibuja sus vueltas en un mundo sin sombras. Encuentras en la nieve las huellas del puma que sólo en invierno es peligroso, y que tiene sus caminos, sus atajos, sus regresos regulares movido por intenciones y mundos que nosotros no conocemos. Todo esto aterra, porque en realidad nos damos cuenta de que todo es inmóvil, de que en esta naturaleza no es posible dejar un signo, y de repente sucede todo lo que la cultura había hecho olvidar: la presencia misteriosa, taciturna, de una realidad sin historia. Entonces, súbitamente, conmueve la exquisitez de una melodía que proyecta un ámbito sonoro en el que va creciendo y naciendo tu mundo. Sin embargo, al mismo tiempo, aquella melodía que rebrota parece una fragilísima cosa: el viento, la nieve, el sol, la pueden quebrar.

No cabe duda, Grassi tiene vena poética. Este filósofo humanista está escribiendo desde Chile; para ser más exacto, desde Santiago de Chile. Las cosas que dice, sin embargo, manifiestan llanamente la pretensión de aplicarse a toda la América del Sur. Ocurre con él como con otros antropólogos sudamericanos que dicen cosas muy "profundas" sobre "el fenómeno general de la vida americana", pero que en particular no son capaces de distinguir el cochayuyo del luche. Pero, no sólo esto ocurre; no ocurre solamente que Grassi, sentado en su *piccola* casita en el barrio alto de una metrópoli tan moderna como otra cualquiera del mundo, se pone a extrapolar a partir de los pumas (si es que hay siquiera uno) que pudo ver en el Jardín Zoológico; ocurre, además, que no se ubicó en un sitio apropiado a sus extrapolaciones. En una palabra, nuestro hombre no incurre solamente en peligrosas generalizaciones sino que, además, se apoya para hacer sus cabriolas académicas en el mero vacío.

En efecto, no habrá un chileno que lea estas cartas que no pregunte con fastidio: ¿De qué pumas habla este señor? ¿Dónde están los pumas? ¿Dónde las águilas? ¿Dónde toda esa apiñada caterva de animales que Grassi sugiere y dónde esa famosa lucha campal por la existencia? El lector puede revisar con sus propios ojos el cuadro que ha confecionado el imaginativo y fabulador filósofo humanista italiano: Este es un *mondo astorico,* la naturaleza no aguanta pelos históricos en el lomo. Por ejemplo, los Andes inhóspitos *non tollerano l'uomo* (cosa que, por todo lo que sé, ocurre donde sea que existan altas cordilleras). Tenemos, así, algo como el cañamazo de las especulaciones de Grassi: *Mondo astorico* condicionado por una naturaleza inhóspita. Pero el cuadro debe colorearse más; hay que decir algo que haga más verídica y pintoresca la agresividad de la naturaleza; este algo lo encuentra Grassi seguramente al ir de paseo al Jardín Zoológico de este país de paradoja donde, habiendo pura naturaleza, se incurre en el pleonasmo de los jardines zoológicos. Y de paseo por este jardín, encuentra Grassi una jaula donde está la palabra "puma"; entonces se da una palmada en la frente y exclama: ¡"Ya lo tengo! ¡Ahora sí que podré completar mi carta-meditación! ¡Pumas, águilas, zorros!" Pero no puede seguir enumerando porque no hay más "fieras" en este terrible país. Empero —sigue adelante nuestro filósofo-cuentista— donde hay "fieras" hay lucha por la existencia. Y con todos estos elementos de darwiniano trasnochado se dirige con mirada espantable a dar colores siniestros y espeluznantes a la carta que sale mañana. Es de suponer que Castelli siente un desmayo al leerla, la muestra a sus amigos, y se preguntan unos a otros: "¿Estará vivo Grassi-Livingstone allá en la salvaje América?". Porque en su última carta de humanista desterrado hay augurios fatales: huellas de pumas, zorros muertos (se entiende que muertos a causa de una memorable lucha por la existencia con los pumas), águilas que giran bajo el fuego del trópico.

Pero, sigamos; estamos apenas en los bocadillos introductorios. Decía antes que mi lector acaso dudara de mis palabras. Espero que a la vuelta de dos o tres páginas habrá hecho la interesante experiencia filosófica de pasar de la duda a la convicción. Dejémonos llevar de la fantasía mediterránea y asistamos con Grassi a la fiesta funeraria del "angelito". Nuestro filósofo parece haber presenciado docenas de fiestas como ésta. En cuanto a mí, es en estas cartas de Grassi donde he oído por primera vez hablar de ellas:

Spegni di nuovo le luci del palcoscenico e ti siedi di nuovo nella semi oscurità, taciturno, dubitando perfino che il sangue che senti battere nelle dita un po' gonfie sia veramente sangue tuo. Qui si inseriscono le scene di disperazione: la morte di un bambino, di un "angelo", come lo chiamano qui. E' una festa, qui, la dispera-

*zione: il piccolo morto viene messo su una piccola sedia e appoggiato a una parete, tutto inghirlandato di fiori, e nella stanza si canta secondo ritmi e melodie stabiliti, ma con parole e dialoghi improvvisati. La parete a calce, i ceri, il profumo dei fiori —soprattutto i colori dei fiori, che sembrano irrompere da profondità sconosciute, senza aver mai visto il sole, senza esser mai stati a contatto con l'aria— fiammeggiano, mentre l'aspetto cereo dell'*angelito *si scioglie**.

El lector puede tomar de este pasaje y preparar una instructiva lección. ¿No es verdad que para un espectáculo extraordinario como el aquí descrito —extraordinario si hacemos la confrontación con lo más generalizado y trivial en nuestro país— es necesario que el profesor Grassi haya salido de excursión Dios sabe a qué rincón insignificante y "folklórico" de los campos chilenos? Y en el supuesto que haya dado, por casualidad, con una de estas fiestas legendarias, ¿cómo puede incurrir en ligerezas tan gratuitas como aquellas sobre el perfume y el color de las flores? ¿Qué quiere decir este meditador con sus frases esotéricas acerca del color de unas flores que más parecen pintadas por su ánimo? ¿Y —cuestión más grave— qué diablos tiene que ver la *disperazione* de Grassi con tales supuestos hechos? Esto es pura literatura. La verdad es que a Grassi le contaron unas historias añejas y totalmente carentes de significación; y como el hombre tenía la cabeza llena de "desesperaciones" fue y proyectó sus estados de ánimo sobre las patrañas frívolas de un exotismo literario. Eso es lo que ocurrió. Y conviene decir aquí que si en algún punto de nuestro país se realizaran tales "fiestas funerarias y desesperadas" los patrocinantes irían de redondo a la cárcel.

Pongo a continuación un párrafo donde se vuelve sobre el tema de la carencia de mundo y el reinado de la naturaleza, condiciones cardinales de nuestra vida americana, según Grassi. Mi propósito, al insistir sobre esto, es ilustrar al lector sobre la visión literaria e inaceptable que de nuestro continente ofrece este filósofo a sus lectores europeos. No me canso de pedir al lector que se esfuerce (no cuesta mucho, al fin de cuentas) por colocarse en la situación de los curiosos europeos que han leído las cartas del humanista Grassi; si lo hace, convendrá conmigo en que para aquellos lectores el mundo americano se reduce a la más absurda de las selvas:

Qui senti e senza sosta constati che non hai un mondo, che non l'hai portato con te dall'Europa; a poco a poco il tempo della città umana scompare, il tempo segnato dai giochi olimpici che devono ricordare la conquista della natura, la vittoria sulla foresta vergine, tutti quei tempi nei quali noi solitamente viviamo, ti appaiono isteriliti di fronte al tempo della vegetazione, al suo ritmo, di fronte al "non ancora" o al "non più" della vita animale. E dalla natura si erge, con un'importanza sempre maggiore, l'animale: il cavallo, l'asino, il maiale, e allora comprendi come l'arte di certe culture —penso a quella centro americana— non abbia fatto

*Apagas de nuevo las luces del escenario y te sientas en la semioscuridad, taciturno, dudando que aun la sangre que sientes pulsar en los dedos un poco hinchados sea en verdad sangre tuya. Aquí inciden las escenas de desesperación: La muerte de un niño, de un "ángel" como lo llaman aquí. Es una fiesta, aquí, la desesperación: al pequeño muerto se le pone en una sillita y apoyado a una pared, todo engalanado con flores; en la pieza se canta siguiendo ritmos y melodías establecidas, pero con palabras y diálogos improvisados. La pared recubierta de cal, las velas, el perfume de las flores —sobre todo los colores de las flores, que parecen irrumpir desde profundidades desconocidas, sin haber jamás visto el sol, sin haber estado jamás en contacto con el aire— destellan mientras el aspecto ceroso del *angelito* se disuelve.

*altro che continuare a ritrarre questi esseri viventi, qui molto più affascinanti dell'uomo, esperienza che i Greci probabilmente non hanno mai fatto.**

Como se ve, el profesor Grassi no ha traído consigo mundo ninguno. Si hubiera traído un mundo, podríamos dar gracias a la Universidad de Chile por este bien incalculable de "un mundo de Grassi" dentro del cual nos fuera posible proyectar nuestra vida y depositar nuestro pasado y nuestro futuro. Pero, ¡ay, dolor!, nuestro filósofo declara que resulta imposible traer un mundo de Europa. ¿Qué haremos para comprarnos un mundo? Los españoles de la conquista —así parece implicar Grassi en otros pasajes de sus cartas—, iban a todas partes con un mundo; pero este mundo español se esfumó, lo devoró la naturaleza o se lo comieron los araucanos. Y así, nostálgicos, huérfanos, perplejos ante la falta de referencia, arrastrados en el tiempo ajeno de la *foresta vergine,* llenos nuestros ojos de lágrimas ante el *non ancora* y el *non più* de la *vita animale,* no tenemos otra salida que la desesperación siendo, entonces, cosa natural que engalanemos a los "angelitos" muertos y nos demos una fiesta cantando y danzando. ¡Ay, viejo Grassi, por qué no trajiste siquiera un *piccolo mondo* de Europa!

Vimos más atrás, con la historia del "angelito", cómo nuestro humanista italiano trata de allegar agua a su "visión" literaria de América recurriendo a patrañas ocasionales de un pasado no significativo; vimos también que no vacila en poblar nuestro país de terribles fieras que luchan por la existencia solamente para estar en condiciones de escribir sus cartas latinoamericanas. A estas virtudes de la fantasía de nuestro filósofo se suma su ojo de observador que le permite descubrir hechos importantes para un diagnóstico responsable, tan responsable que su autor anda suelto por las calles de Europa. Vea mi lector el pasaje siguiente, donde se habla del "roto":

Così gradatamente ci si avvicina a quella forma di vita che un'espressione spagnola molto caratteristica chiama "il rotto"; non è il povero, non è lo spogliato, non è il "barbone" dei sobborghi europei: è l'uomo che vive per sé, incapace di entrare in una comunità, che vaga, che lavora (o non lavora), che anzitutto dispera. Li incontri, questi "rotti", in grupi di tre o quattro, in una strada isolata, in aperta campagna, a recitare a voce alta, lamentosa, passi dell'Evangelo di S. Giovanni, come se annunciassero l'Apocalisse, indifferenti al fatto se ci sia o non ci sia qualcuno che li ascolti, quasi che la voce dovesse far sortire dai sassi, dagli alberi, dagli armenti ascoltatori attoniti ai quali vorrebbero annunciare la realtà della vanità. Un discorso che non si rivolge già più a uomini, un discorso che è un monologo, un discorso che non ha più l'illusione della conversazione *e tanto meno del proselitismo, parole che hanno solo un valore semantico e non più apofantico***.

*Aquí sientes, y sin descanso constatas, que no tienes un mundo, que no lo has traído contigo de Europa; poco a poco el tiempo de la ciudad humana desaparece, el tiempo señalado por los juegos olímpicos que deben recordar la conquista de la naturaleza, la victoria sobre la selva virgen, todos aquellos tiempos en que nosotros vivíamos habitualmente, te aparecen vanificados frente al tiempo de la vegetación, a su ritmo, frente al "no aún" o al "ya no" de la vida animal. Y desde la naturaleza se yergue con una importancia siempre mayor el animal: el caballo, el asno, el cerdo, y entonces comprendes cómo el arte de ciertas culturas —pienso en la centroamericana— no haya hecho otra cosa que continuar representando estos seres vivientes, aquí mucho más fascinantes que el hombre, experiencia que los griegos nunca hicieron.

**Así gradualmente nos acercamos a aquella forma de vida que una expresión española muy característica llama "el roto"; no es el pobre, no es el andrajoso, no es el "barbone" de los suburbios europeos: es el hombre que vive para sí, incapaz de entrar en una comu-

A la vista está, el profesor Grassi se luce haciendo contraposiciones: el roto *non è il povero, non è lo spogliato, non e il barbone.* Nada de esto es el roto por la simple y muy poderosa razón de que el profesor Grassi está ocupado con un cuadro donde tales condiciones no ajustan. El roto que necesita el profesor Grassi debe ser uno que viva *per sè,* que sea *incapace di entrare in una comunità,* y que ostente una buena facha de desesperado; en una palabra, debe ser el "roto" de Grassi. Y como los evangelizadores protestantes que predican en las calles parecían prestarse a las lindezas que traía Grassi de Europa sobre el diálogo y el monólogo, héte aquí al "roto" transformado en "canuto". Pero, este pase de Grassi, el Magnífico, no bastaba para la *vita per sè* y la *disperazione,* de manera que obligó a nuestros pacientes "canutos" a ceñirse al texto de San Juan evangelista y apocalíptico; les prohibió asimismo que hicieran lo único que al parecer les importa, es decir, ganar nuevos corderos para el rebaño; les prohibió todo esto porque mucho importaba a Grassi que los "rotos" autárquicos —los "rotos" que comen del éter americano, duermen en lagos de luz numinosa y recitan a San Juan en las calles desiertas— fueran muy apocalípticos y muy desesperados.

Ahora, unas líneas sobre cómo irrumpe la naturaleza en la ciudad; aquí puede apreciarse el "ojo fotográfico" de Grassi:

*Ieri è scoppiato l'autunno con una pioggia improvvisa torrenziale. La città ne è paralizzata, perchè se appena si esce dalla normalità qui tutto si ferma: le strade tramutate in torrenti, in fiumi, tutto buio; pareva di essere nella pianura dell'Acheronte.**

Sobre este tema de la lluvia *torrenziale* hay más en las cartas de Grassi. Le cuenta a Castelli que en Valparaíso la lluvia de una noche basta para formar un barrial de medio metro de altura. Vamos a citar este pasaje, donde hay excelentes signos sobre las "fuentes de información", de Grassi:

Siamo andati a Valparaiso. Valparaiso esiste da quattrocento anni. E'costruita sulle colline che guardano il Pacifico; sono brulle e testimoniano la distruzione umana della vegetazione di cui non rimane traccia. Si può dire che qui tutta l'opera umana esiste esclusivamente come atto brutale. Da quattrocento anni le piogge torrenziali dell'inverno scendono dalle alture, inondano e spazzano le strade della città, ingorgandole di fango che sale —come quest'inverno—, in una sola notte a ben cinquanta centimetri di altezza. Ogni anno dopo il disastro si spala la melma, si ricostruiscono le case, le capanne travolte e l'inverno seguente compirà nuovamente la sua opera di distruzione. Un ingegnere che si occupa del piano regolatore mi diceva che non c'è nulla da fare: "Non conosciamo nemmeno più la canaliza-

---

nidad, que vaga, que trabaja (o no trabaja) que antes que nada se desespera. Los encuentras a estos "rotos" en grupos de tres o cuatro, en una calle aislada, a campo abierto, recitando en alta voz quejumbrosa pasos del Evangelio de San Juan, como si anunciasen al Apocalipsis, indiferentes al hecho que alguien los escuche o no, como si la voz debiese hacer salir de las piedras, de los árboles, de los rebaños, auditores atónitos a los cuales quisieran anunciar lo real de la vanidad. Un discurso que ya no se dirige a hombres, un discurso que es un monólogo, un discurso que ya no tiene la ilusión de la conversación ni mucho menos del proselitismo, palabras que tienen sólo un valor semántico ya no apofántico. *Ayer, estalló el otoño con una lluvia repentina y torrencial. La ciudad se ha paralizado, puesto que, apenas se sale de la normalidad, aquí todo se detiene: las calles convertidas en torrentes, en ríos, todo oscuro; parecía estar en las llanuras de Aqueronte.

zione della città, i piani sono andati bruciati in un incendio. C'era solo un tale che la conosceva, ma è morto tre anni fa. Non ci rimane che attendere che, al momento dell'alluvione, improvvisamente una strada si squarci per la pressione dell'acqua canalizzata, e così a poco a poco potremo ricostruire il piano delle vene sotteranee della città". Non pare un brano de la Peste *di Camus? C'e forse altro da fare?**

¡Pobre Valparaíso! Durante cuatrocientos años ha estado el cruel invierno destruyendo sus casas, hundiéndolo en el fango a razón de cincuenta centímetros por noche. ¡Pobre Valparaíso! Cuatrocientas veces hemos debido reconstruirlo por culpa de ese maldito incendio que destruyó los planos del alcantarillado. Y aquel único mortal que conocía de memoria los dichos planos y que se fue con el secreto a la tumba, ¿cómo pudo dejarnos en tan lamentables condiciones? ¿A quién recurriremos para averiguar por dónde pasan las alcantarillas del puerto? ¡Pobre Valparaíso! *Non c'è nulla da fare!* Claro está, oh Valparaíso, que te quedan a manera de alternativas dos caminos por donde puedes salvarte: el uno, que el *ingegnere* le haya tomado el pelo a Hans Cristian Grassi; el otro, que Hans Cristian Grassi le haya tomado el pelo a Castelli. Es probable, también, que haya ocurrido tanto lo uno como lo otro.

Y en esto de tomar el pelo —costumbre chilena que nuestro profesor no parece advertir— las personas que Grassi frecuentaba no se andaban con chicas. Ahí va de muestra una escena referida por nuestro humanista italiano, escena cuya urdimbre chusca y burlesca no puede escapar a nadie:

... ti potrei raccontare la mie avventure cilene in campo filosofico; como quella di venir chiamato con urgenza al telefono da una delle più note bellezze di qui, beauté *in questo caso con soldi: hanno in casa solo 18 persone di servizio e ogni membro della famiglia il proprio aeroplano privato. Avrei dovuto accorrere immediatamente perchè alla bellezza cilena era stato rimproverato di mancare di logica, e quindi desiderava che io le spiegassi che cosa è "logica". Avendo dichiarato di non aver tempo durante il giorno, vengo invitato insistentemente a pranzo. Quando arrivo, ci si era naturalmente dimenticati la ragione dell'invito. Si va al cine, si torna alla sontuosa casa dove ci si intrattiene fino alle tre del mattino di mille cose salvo che di logica. Trucchi vecchi, dirai tu, per tentare san Gerolamo nel deserto. Però qui hanno un carattere primitivo che in Europa già non si conosce più. In questa casa della bellezza su menzionata abita da tre anni un francese; il padrone di casa si ostina a invitarlo a pranzo e l'ospite non ha avuto ancora il coraggio di*

*Fuimos a Valparaíso. Valparaíso existe desde hace 400 años. Esta construida sobre las colinas que miran al Pacífico: están desnudas y testimonian la destrucción humana de la vegetación de la que no quedan huellas. Se puede decir que aquí toda la obra humana sólo existe como acto brutal. Desde 400 años, las lluvias torrenciales del invierno bajan desde las alturas, inundan y barren las calles de la ciudad, obstruyéndolas con el fango que sube —como ha sucedido este invierno— hasta 50 centímetros de altura, en una sola noche. Todos los años, luego del desastre, se limpian de lodo las calles, se reconstruyen las casas, las chozas volcadas y el próximo invierno volverá a cumplir su obra de destrucción. Un ingeniero que se ocupa del plano regulador me decía que nada puede hacerse: "Ni siquiera conocemos la canalización de la ciudad. Los planos se quemaron en un incendio. Había alguien que conocía esta canalización, pero murió hace 3 años. No nos queda más que esperar que, en el momento del aluvión, una calle se abra de repente por la presión del agua canalizada, y así poco a poco podremos reconstruir el plano de las venas subterráneas de la ciudad". ¿No parece un trozo de la *Peste* de Camus? ¿Hay algo más que hacer?

*svelargli che già vive in casa sua, cosa della quale il padrone non ha ancora preso conoscenza... (giuro, non invento).**

¿Imagina mi lector la representación de nuestro país y nuestra gente que se harán los lectores de Grassi? Familias con dieciocho domésticos, familias cada uno de cuyos miembros tiene un aeroplano privado, familias en cuyas mansiones puede anidar un parásito por años sin que se percate el dueño de casa. ¿Imagina, digo, mi lector la increíble y gratuita novelería que puede salir de estas "impresiones" del filósofo Grassi? Ya puede un chileno que gane la lotería dar una vuelta por Italia y decir, al descender, que lo hace en su avión privado, que baja en Roma durante cinco minutos para tomarse una foto con el Papa, porque va muy apurado a buscar cincuenta negros sanos y robustos al Congo para suplir los que murieron picados por la mosca Tsé-Tsé en el cafetal de su tío Pedro Antonio de las Mercedes de los Ríos y Jaraquemada. Y los que escuchen dirán: *¡Ah, questi americani! ¡Gia lo diceva il vecchio Grassi: Sono barbari questi amaricani!*

Pero, a mi filósofo le han tomado el pelo a destajo. En otra ocasión —por lo que cuenta en sus cartas— llegó con su cuaderno de curioso científico a una oficina de estadísticas. El filósofo de la desesperación, el "mundo" y los *punti di riferimento* no era capaz de percibir la atmósfera chilena de la vida en broma y tomó punto por punto los "datos" de un funcionario que todavía ha de estar riéndose:

Un altro aspetto di questa realtà: le famiglie cilene hanno generalmente dai sette ai quattordici figli (una mia scolara è la ventesima!). Parlavo con un impiegato dell'Ufficio di statistica. L'anno scorso, al momento del censimento, chiede ad una famiglia di rotos *quanti figli hanno; gli rispondono sette. L'impiegato volge attorno lo sguardo, e ne conta dodici; chiede spiegazione. La risposta è: "Per noi sono sette, perchè gli altri, come vede, non hanno ancora sei anni; non li contiamo come vivi, perchè non hanno ancora avuto "le febbri".***

Dejemos ya esta especie de citas y volvamos, para terminar este muestreo estadístico, sobre las especulaciones literarias de Grassi acerca de la naturaleza americana y la ausencia de mundo:

*...te podría contar mis aventuras chilenas en el campo filosófico; como esa de ser llamado con urgencia al teléfono por una de las famosas bellezas de estos lados, *beauté* con dinero, en este caso: tiene 18 personas de servicio en casa y cada miembro de la familia, un avión privado. Tendría que haber ido inmediatamente porque a la belleza chilena se le tachaba de falta de lógica y, por esto, deseaba que yo fuera a explicarle qué es la "lógica". Habiéndole declarado que no podía hacerlo durante el día, me invitan a comer. Cuando llego, la razón del convite, naturalmente, se ha olvidado. Vamos al cine, volvemos a la mansión y allí permanecemos entretenidos en mil cosas, que no en lógica, hasta las 3 de la mañana. Tú dirás: trucos viejos para tentar a San Jerónimo en el desierto. Mas, aquí tienen un carácter primitivo que en Europa ya no se conoce. En esta casa de la belleza que te he mencionado vive desde hace 3 años un francés; el dueño de casa se obstina en invitarlo a comer y el huésped no osa aún confesarle que ya vive en su casa, cosa de la que el dueño de casa no ha tomado conciencia todavía... (juro, no invento).

**Otro aspecto de esta realidad: las familias chilenas tienen generalmente de 7 a 14 hijos (una alumna mía es la vigésima). Conversaba con un empleado de la Oficina de Estadística. El año pasado, durante el censo, pregunta a una familia de *rotos* cuántos hijos tienen; le responden que siete. El empleado dirige su mirada en torno y cuenta 12; pide explicación. La respuesta: "Para nosotros son 7, porque los otros, como ve usted, no tienen todavía 6 años; no los contamos como vivos, puesto que aún no han tenido "las fiebres".

*... di tanto in tanto quelche grande proprietà, con le sue cascine, con i suoi centri di vita agreste, e altrimenti nient'altro che una solitudine nella quale ci si perde, una solitudine che si stende su tutte le cose, su tutto il paesaggio come un respiro stanco; una solitudine nella quale solo lo specchiarsi del cielo in un aquitrino, lo splendore dell'acqua al bordo di un sentiero, mettono una cesura misteriosa. Misteriosa, perchè in questa distesa infinita, in questa solitudine, la cesura non segna né il principio né la fine di qualche cosa. L'orientamento non ha punti di riferimento; ci si può orientare a tutto, però nessun orientamento porta a qualcosa. Si cavalca per chilometri, però l'avanzare sembra una illusione, una magica convenzione, perchè di fatto né ti allontani né ti avvicini a nulla. Così, sul cavallo, sembra di inoltrarsi in quei paesaggi di sogno, irreali, dove lo stare o il muoversi coincidono con la contraddizione propria della irrealtà. Le distanze si risolvono in odori, in colori, in suoni che mutano come quando, nuotando, si passa attraverso strati d'acqua a diversa temperatura. Differenza impalpabili, zone di silenzio, soglie che si oltrepassano senza vederle. Nell'ammirazione che sorge in noi per i colori, per le luci, per i suoni, sembra di cogliere e individuare mondi, ordini, orientamenti; però sono mondi che si dissolvono e si riformano come bolle di sapone variopinte, irreali, non localizzabili, perse nel tutto.**

Un poco más adelante, en esta carta, aparece el José Santos Chocano que hay en Grassi; esta vez engalanado con filosofemas sobre *el riferimento, el mondo, la storia y la non possibilità di dialogo:*

Si avanza cavalcando e si incontrano —quasi come una manciata di foglie che l'ultimo respiro caldo di un'aria autunnale raccoglie e sospinge per il sentiero— un gruppo di Indios, di meticci, silenziosi, tragici, nei loro cenci, persi nella natura, trascinantisi comme ombre, sconsolati. La loro tristezza deriva forse dal fatto che il lono mondo è stato infranto dogli spagnoli secoli fa, il loro silencio deriva forse dal fatto che questa natura non si può dominare, che essa schiaccia, impedisce il dialogo dal quale nasce la storia, dialogo che è già divenire, è già processo di auto-affermazione. Forse gli antichi sentivano molto più di noi questa esperienza e perciò affermavano, come i Greci, che fuori dalle mura della città comincia il demoniaco, il terribile, la irrealtà, la possibilità di qualsiasi illusione, la perdita di qualsiasi punto di riferimento.

**De tarde en tarde alguna gran propiedad con sus aledaños, con su vida agreste, y después nada más que una soledad en la que uno se pierde, una soledad que se extiende sobre todas las cosas, sobre el paisaje como una respiración cansada; una soledad en la que sólo el reflejarse del cielo en un pantano, el esplendor del agua al borde de un sendero, ponen una cesura misteriosa. Misteriosa porque en esta extensión infinita, en esta soledad, la cesura no señala ni el principio ni el fin de alguna cosa. La orientación no tiene puntos de referencia; se puede uno orientar hacia todo, pero ninguna orientación lleva a algo. Se cabalga kilómetros y sin embargo avanzar parece ilusorio, una mágica convención, porque de hecho no te alejas (de nada) ni te avecinas a nada. Así, a caballo, parece uno internarse en aquellos paisajes de sueño, irreales, donde el estar y el moverse coinciden con la contradicción propia de la irrealidad. Las distancias se resuelven en olores, en colores, en sonidos que cambian como cuando, nadando, se pasa a través de estratos de agua a diferente temperatura. Diferencias impalpables, zonas de silencio, umbrales que se traspasan sin verlos. En la admiración que surge en nosotros por los colores, por las luces, por los sonidos, parece que se cogieran e individualizaran mundos, órdenes, orientaciones; pero son mundos que se disuelven y se rehacen como pompas de jabón multicolores, irreales, no localizables, perdidas en el todo.

*E'forse questo il significato dello sguardo della Gorgona, della Medusa, dalla testa coronata di serpenti, simbolo dell'eterno ritorno?**

Así, pues, *in questo mondo americano* se cabalga; el sabio Grassi quiere que sólo se cabalgue; y cabalgando sientes, tú, querido lector, que ni avanzas ni retrocedes. La pampa infinita que hay entre Valparaíso y Santiago y que el profesor Grassi debe cruzar a caballo todas las semanas para esparcir su palabra metafísica entre las tribus de Chile, abre delante de los ojos toda la inmensidad del abandono. Y el profesor Grassi cabalga y cabalga, pero el paisaje no se mueve. De pronto, como salido de los abismos telúricos de la soledad aparece ante el jinete italiano un grupo de indios melancólicos, nostálgicos, silenciosos. Uno de ellos se acerca al filósofo jinete y le pregunta si tiene un mundo para vender. Y Grassi le responde que con gusto le cambia su mundo italiano-germano por un *cavallo* que lo saque de este paisaje inmóvil, terrible, sin *riferimento.* ¡Mi *mondo,* mi *mondo,* por un *cavallo!* Pero, de pronto, repara Grassi en el olor nostálgico y *sui géneris* de estos indios y encuentra que dentro de ese olor hay la posibilidad de un *orientamento;* y entonces abre las ventanillas de su nariz infalible y se llena los pulmones del olor de los indios para salir de la pampa inmóvil. Y este olor lo persigue ahora a todas partes y lo llena de arrechuchos primigenios y desesperados al punto de escribir a Castelli:

...a un certo punto bisognerebbe sparire nelle Ande e diventare un cachique, *un capo di queste tribu di indios o di araucani, e chi s'è visto, s'è visto...!***

De manera que la Cordillera de los Andes, esta enemiga invencible de todo proyecto humano, esta mole de 7.500 metros plagada de animales terribles, de águilas, de pumas, de... zorros, esta testigo impasible y tétrica de la lucha por la existencia, donde por lo menos murió un zorro (el zorro o zorra famoso que vio Grassi), aparece también repleta de tribus araucanas. En invierno —así deben pensar los lectores europeos de Grassi—, las hordas descienden desde las alturas, entran como vikingos por los ríos que inundan la ciudad de Santiago y empiezan a luchar por la existencia con los estudiantes de metafísica. Entre tanto, los "rotos" recitan en las esquinas desiertas los versículos del Apocalipsis, mientras los bonos en la Bolsa de Valparaíso bajan en razón inversa de los cincuenta centímetros de barro que suben en las calles por cada noche telúrica que pasa.

*
* *

¿Cómo se explica toda esta literatura? ¿Dónde están las razones de tanta arbitrariedad y tanto absurdo? ¿Debemos reducirnos a pensar que Grassi ha sido mal infor-

*Se avanza cabalgando y se encuentra —como un montón de hojas que el último soplo caliente de un aire otoñal recoge y empuja por el sendero— un grupo de indios, de mestizos, silenciosos, trágicos, en sus borricos, perdidos en la naturaleza, arrastrándose como sombras, desconsolados. Acaso su tristeza deriva del hecho que su mundo fue roto por los españoles hace siglos, su silencio proviene, acaso, del hecho de que esta naturaleza no se puede dominar, que aplasta, impide el diálogo del que nace la historia, diálogo que es ya devenir, es ya proceso de autoafirmación. Quizás los antiguos sentían mucho más que nosotros esta experiencia y por eso afirmaban, como los griegos, que más allá de los mares de la ciudad empieza lo demoníaco, lo terrible, la irrealidad, la posibilidad de cualquier ilusión, la pérdida de cualquier punto de referencia. ¿Es, acaso, éste el significado de la mirada de la Gorgona, de la Medusa, la de la cabeza coronada de serpientes, símbolo del eterno retorno?

**En el fondo, en cierto momento habría aquí que desaparecer por los Andes y volverse un cacique, un jefe de estas tribus de indios o de araucanos, pase lo que pase.

mado y que es además un miope de altos quilates? ¿O debemos pasar más allá y considerar que hay en nuestro hombre un aspecto de irresponsable fantasía, un complejo de frustración poética, y buscar aquí la causa de toda esta estúpida versificación? ¿Será, acaso, algo más penumbroso lo que aviva este juego de impresiones exóticas? ¿Será, digo, una voluntad nihilista ansiosa de cerrar para siempre los horizontes al hombre? ¿O será, tal vez, el esteticismo pueril de un mero ludismo conceptual? ¿O, simplemente, el negocio del exotismo, los buenos pesos que las patrañas sobre América han producido en Europa ya desde los tiempos de Cristóbal Colón?

Sin afirmar en abstracto y dejando al lector curioso la tarea de precisar sobre estas cuestiones específicas, quiero llevar a término la ingrata tarea que me he impuesto, señalando toda una serie significativa de circunstancias y haciendo las más inmediatas consideraciones que ellas sugieren.

A manera de premisa mayor que importa tener a la vista para representarse adecuadamente el caso de Grassi, pongo lo siguiente: en las cartas de nuestro filósofo se distinguen perfectamente dos cosas: de una parte, todo un conjunto de ideas que tiene Grassi dentro de su cabeza; de otra, una realidad humana y natural. Grassi toma en sus manos la tarea de medir dicha realidad con aquellas ideas. Antes de seguir adelante, debo advertir a mi lector que pertenezco a una escuela para la cual esta representación de unas ideas dentro de la cabeza y una realidad a la cual, bien o mal, van a aplicarse dichas ideas, constituye, en el mejor de los casos, una grotesca caricatura. Sin embargo, para esta escuela, a la que pertenezco, las caricaturas no son mera arbitrariedad sino que hay toda una serie variadísima de modos *caricaturescos* de ser. Digo esto para que no me confundan por estar tratando aquí de cabezas con ideas dentro y realidades fuera; lo digo también para dejar en claro que sé de lo que estoy tratando: que es ello caricaturesco y que, aunque cosa real, es ridículo y de escaso valor.

Tenemos, pues, las ideas de Grassi y una realidad contrapuesta a esas ideas. Si tratamos de ir delimitando tanto como importa aquí las ideas de nuestro filósofo, diremos que pretenden apuntar certeramente sobre el mundo, la historia y el tiempo humanos. Para aproximarse a lo que piensa Grassi sobre estas pequeñas cosas nada más indicado que atender a los pasajes en que este filósofo pretende indicar adecuadamente las condiciones que en nuestra América hacen imposible un mundo, un tiempo humano, una historia. Lo primero que viene a nuestras manos al ponernos en esta dirección, es lo siguiente: en el continente sudamericano es imposible la historia, porque la naturaleza devora todo intento humano de materializar un proyecto; en el continente americano es imposible un mundo porque la naturaleza no admite un punto de referencia que le sea extraño y porque siendo esta naturaleza infinita en todas sus dimensiones es imposible tomar una referencia dentro de ella para crear un mundo; en el continente sudamericano es imposible un tiempo humano por razones similares: existe una incongruencia esencial entre el tiempo de la selva virgen y el tiempo del hombre. Estas conclusiones negativas de Grassi sobre toda posibilidad de proyectar el hombre sudamericano sus propósitos y aspiraciones, sobre toda posibilidad de continuidad histórica y cultural dentro del continente sudamericano, ponen a la vista lo que este filósofo piensa positivamente sobre el mundo y la historia: El mundo y la historia son posibles y surgen allí donde el hombre se crea un entorno cuyos límites detienen el avance de las potencias absorbentes, disolventes y demoníacas de la naturaleza y dentro de los cuales límites es posible poner los hitos materiales que constituyen un como sistema de coordenadas por referencia al cual proyectamos nuestro espacio y nuestro tiempo. Es decir, Grassi es una especie de griego del período clásico que ha tenido la desgracia de nacer en el siglo veinte. Ciertamente, es posible atender a las cosas que dice este filósofo;

hay algo de lindeza en ellas; son, para decirlo con una palabra, "interesantes". Sin embargo, no es fácil entender que la naturaleza ceda en un caso y no quiera ceder en otros; sobre todo, si consideramos la fuerza formidable que en la forma de técnica trabaja de nuestra parte en los tiempos que corren. Sobre esto, nada quiere oír Grassi; para él la naturaleza americana es invencible. En vez de percibir las plantas hidroeléctricas reales a lo largo de la Cordillera de los Andes, Grassi ve imaginarias tribus de araucanos; en vez de hablar de las redes de suministro de agua potable que bajan desde lo alto, Grassi habla de pumas feroces y también inexistentes; en lugar de los aviones que cada hora atraviesan la cordillera, Grassi coloca por su cuenta águilas de giro raudo y alucinante. Para Grassi (solamente para Grassi) en Chile no hay trenes, no hay vía férrea electrificada, no hay una red de caminos pavimentados como en cualquier país de Europa; no hay industria pesquera, ni petrolera, ni minera; no hay maquinaria agrícola, ni industria pesada, ni manufacturas; no hay observatorios astronómicos, ni universidades, ni institutos de investigación; no hay pintores, escultores, escritores; no hay, en una frase, nada que pueda considerarse en términos de un mundo humano, nada que pueda permitir al hombre chileno proyectar su tiempo y materializar las perspectivas de una historia.

Supongamos empero que todas estas especulaciones sobre la referencia y la medida como condiciones de un mundo fueran verdaderas. Supongamos, quiero decir, que nuestro humanista italiano llegara a Latinoamérica con un conjunto de ideas dignas de ser tenidas en cuenta. ¿Cuál debiera ser entonces el resultado de confrontar dichas ideas con la realidad americana? Pienso que la aplicación atinada de las doctrinas de Grassi (de servir para algo estas doctrinas) debiera conducir al resultado de que nuestra América va constituyendo su mundo propio a pesar de todo; que luchando con la naturaleza y en pugna dialéctica hacia adentro y hacia afuera con multitud de dificultades políticas, sociales y económicas, los pueblos latinoamericanos van creando condiciones cada vez menos inhóspitas al hombre. Y pienso, asimismo, que una persona seria que viniera de Europa y se instalara por algunos años entre nosotros con el propósito de concluir algo sobre el mundo y la historia empezaría por atenerse a lo que ve, atendiendo tanto a las condiciones naturales como a las condiciones sociales. Una persona seria se preguntaría en primerísimo lugar por las causas de la pobreza de los pueblos latinoamericanos. Se ocuparía de analizar las condiciones de nuestra vida económica y no tardaría en descubrir hechos importantísimos que explican las dificultades que debemos vencer para desarrollar nuestro mundo. Una persona seria no escondería como el avestruz su cabeza en un montón de papeles y escritos poéticos acerca de la naturaleza numinosa y otras estupideces de esta calaña.

¿Qué hace Grassi por el contrario? Mirar y no ver. Para él los "rotos" no son pobres; para él los "indios" son nostálgicos; para él Chile está atestado de saltimbanquis desesperados. Discípulo de Platón, al fin de cuentas, va y fija a modo de ladrillos de nuestra realidad la "gana", la desesperación, la desidia, la indiferencia. Para él, todas estas peculiaridades del chileno son el correlato inamovible, eterno, de una naturaleza terrible, infinita e inexorable. Así como el árbol de la cultura germano-italiana, indefectiblemente, parece dar este fruto que se llama Grassi, así también la naturaleza chilena da "indios" nostálgicos y "rotos" autárquicos. Grassi mira y no ve; no quiere (supongo que no es tan incapaz que no pueda) volverse del lado de las cuestiones materiales para encontrar allí la causa verdadera y ver, por ejemplo, que si baja dos centavos el precio del cobre nos hundimos. No quiere hacerlo porque tiene todo un baúl lleno de ideas que se irían al diablo si consultara este lado de la realidad. Quiere hacerse la ilusión de estar en la verdad, no para tener la conciencia tranquila, desde luego, sino para conservar un poco de pasión y

dar algún color a sus ediciones europeas. Después de todo, el público paga y quiere que haya sabor en la mercadería.

¡Ah, qué fácil resulta hacerse una representación de los propósitos de Grassi! El motivo de fondo, es cierto, escapa a mi vista. No me atrevo a pensar que Grassi, en vez de humanista, sea un nihilista que anhela a toda costa que el mundo se hunda con Italia y Alemania. Un nihilista que dijo al salir: "Voy a ver si en Sudamérica hay la posibilidad de continuidad histórica". Pero que dijo también de antemano y entre dientes: "Y me propongo no encontrar ninguna continuidad". Digo que esto no lo sé. Es claro, empero, que Grassi llegó a Chile y sólo miró hacia la naturaleza. Le pareció terrible, demoníaca, numinosa, avasallante. No quiso observar para nada el trabajo y el esfuerzo de los hombres que forman este pueblo. Estaba muy ocupado con sus especulaciones para atender al mundo en torno de sí. Allí donde un viajero cualquiera con una partícula de corazón hubiera visto un tipo de hombre, un estilo de vida, un pueblo con sus instituciones y sus costumbres, Grassi sólo vio sombras; es decir, encontró allí delante de sus lentes la sola visión que se ofrece a los intelectuales de su raza: las sombras anémicas de un limbo lógico.

Y se dio a la tarea de ordenar en un cuadro espantoso y falso todo lo que pudiera servir para su gratuita doctrina de la ausencia de mundo. Anotó todas las leyendas que se prestaban para ponernos de desesperados; arregló al "roto" como voluntad de soledad o incapacidad de vida comunitaria; eliminó los trenes y puso el caballo para que las distancias fueran infinitas; adornó a los "indios" para que resultaran muy nostálgicos y muy "sin mundo"; llenó las casas de los "rotos" de chiquillos que esperan asustados la guadaña de la "fiebre"; atestó las haciendas de los "aristócratas" de aviones privados y parásitos europeos; pobló la cordillera de tribus araucanas; se las arregló para que hubiera "fieras", "muchas" fieras, y poder así extenderse sobre la lucha natural por la existencia; anegó Santiago; pintó un Valparaíso que sólo puede existir como acto brutal y a condición de que se reconstruya todos los años; multiplicó los terremotos; infló la luna... En una palabra, elaboró todo un fantástico y cataclísmico cuadro para "mostrar" que en estas latitudes la naturaleza no deja lugar al hombre, que arrasa todo lo que el hombre proyecta, de manera que flota éste como un saltimbanqui absurdo en el infinito, en la nada, en la desesperación.

Esto es lo que hizo Grassi para mantener sus ideas. En sus cartas (¡Dios nos libre y nos favorezca!) habla de un libro que escribió sobre Sudamérica. No lo conozco, pero dudo que haya hecho nada peor que todo esto. Fue contratado por la Universidad de Chile para encargarse del Seminario de Metafísica. Que otro se ocupe —creo haber soportado ya mi parte correspondiente de náusea— sobre la cuestión de si existe la posibilidad de conciliar la metafísica con la frivolidad y la mala fe.